

Feria americana



La historia se repite todos los años. Con una que otra particularidad la realidad es siempre igual, o similar: esquivamos la responsabilidad hasta que la situación no da para más. Y bajamos la bolsa, y encaramos la tan fastidiosa tarea de separar lo que sirve, lo que les queda, lo que vamos a donar y aquello que decidimos mantener en la familia en carácter de “heredado”.

Ropa de invierno, sweaters, camperas y mucha naftalina... En verano, trajes de baño, shorts, sandalias y musculosas. Separado, como debe ser. Y reflatado cuando la temperatura y la llegada de una u otra estación lo requieren. El desfile, divertido al principio, se vuelve cada más decepcionante cuando notamos lo que puede crecer un chico en tan pocos meses. Es más, éstos no eran pescadores o, al menos, hasta lo que recordamos, eran pantalones largos. “Los usará así”, pensamos. Pero recapacitamos y decidimos, con algo de nostalgia y bastante melancolía, pasarlo al heredero de turno (propio o ajeno). Ellos, divertidos con semejante cuadro quieren quedarse con todo, no sin antes probarse, una a una, cada prenda que sale de semejante caja de sorpresas. Al principio, sobra la energía y abunda la paciencia, mitigada por la gracia que nos da ver sus reacciones ante cada remera que recuerdan o cada vestido que pretenden ponerse en ese preciso momento (sin reparar en que ya están vestidos y que van por la cuarta o quinta muda del día). Lástima que seamos humanos y que acarreemos con nosotros bastantes defectos y una paciencia que pende de un hilo hasta que se esfuma. Queremos terminar y ellos se intercalan con nuestro objetivo. Pobres santos, generalmente terminan saliendo del dormitorio echados, tras varios llamados de atención.

Finalizada la tarea, grandes bolsas reposan esperando su destino final: la parroquia, el primo o el amigo. Con el objetivo común de intercambiar pertenencias, nos reunimos entre mujeres. Llegamos cargadas hasta la médula y nos vamos –luego del tan casero ritual de trueque– en igual situación: con varias bolsas más cuyo contenido beneficiará a los propios. Gracias a Dios existen la familia y los primos mayores. Así el crecimiento se vuelve menos doloroso, por lo menos para el bolsillo y la salud mental de los padres.

ROSARIO LANUSSE
DIRECTORA

